
Miguel Guerrero se propone determinar los hechos acontecidos alrededor del golpe de estado del 25 de septiembre de

1963. Continúa un patrón de síntesis que ha utilizado en obras anteriores. Se trata del procedimiento de apoyarse primordialmente en testimonios de actores destacados y no en las fuentes escritas sobre las cuales operan normalmente los historiadores. A su manera, Guerrero capta el requerimiento de utilizar fuentes orales. En ello no deja de tener razón, dadas las características de los procesos políticos dominicanos recientes, como se ha indicado a propósito de *Conjura submarina* de Fidelio Despradel. Aun así, y aunque los procesos sean tan recientes que dificultan la obtención de documentación eventualmente estratégica, la forma más correcta de uso de la fuente oral, de ser posible, consiste en confrontarla con fuentes escritas. A lo sumo, el texto de Guerrero se apoya en referencias bibliográficas y no aporta en materia documental.

Ciertamente que ahí no estriba su propósito. Quiere reconstruir, de acuerdo a un patrón que toma elementos centrales del quehacer periodístico, siguiendo los hechos como declaradamente los vivieron sus protagonistas. Aquí se encuentra otro perfil de la obra, pues aparece casi deliberada la intención de no abordar causas, sino restringirse a las cosas tal como sucedieron en la mira de sus propios ejecutores. Este patrón de síntesis ayuda a conocer muchos detalles hasta ahora ignorados por la generalidad de personas y en tal sentido Guerrero hace aportes al conocimiento de la historia política reciente.

Pero, en rigor, desde el ángulo del quehacer histórico, tal conocimiento tiene por cualidad una dimensión de fuente. Más allá de la abundante información que Guerrero incorpora, no sería difícil señalar carencias en el cuadro necesario para comprender el proceso que llevó al 25 de septiembre. A tono con el discurrir narrativo de la vida de individuos escogidos -interesante procedimiento literario que recoge vivencias- no se coligen tesis interpretativas fuertes; queda la sensación de que el golpe fue mayormente producto de las torpezas de Juan Bosch. Por cierto, esa explicación constituye una convicción extensamente compartida por personas que estuvieron cerca del ex-mandantario en aquellos años. No es casual que Guerrero la recupere ya que se corresponde con esta interrelación entre vivencias de protagonistas y síntesis.

Aun cuando se puedan imputar errores a Bosch, un cuadro complejo como el relacionado al golpe no se reduce a ellos, criterio que tal vez sostiene Guerrero. Mas, a tono con la presentación de protagonistas y testigos, los agentes sociales involucrados en el golpe se limitan fundamentalmente a los militares, sus ejecutores materiales, y, en menor proporción, a los políticos derechistas. Mucho menos se discute acerca de actores de igual o mayor envergadura: el empresariado, la iglesia y, sobre todo, los norteamericanos. Es extraña la ausencia de tratamiento de las relaciones de sectores nacionales involucrados con funcionarios del gobierno de Estados Unidos. La aclaración final del papel de los norteamericanos en la caída de Bosch está todavía pendiente y nada a ese respecto se aventura el autor a avanzar.

Reconociendo méritos empíricos innegables de la obra, su lectura reafirma el supuesto abecedario de que la aproximación historiográfica debe deslindarse del saber cotidiano, aun-que se nutra de él; y, para ello, el análisis causal resulta un componente ineludible del oficio.

Roberto Cassá